

**ELOGIO**  
DE  
**ENRIQUE DE LAS MARINAS,**

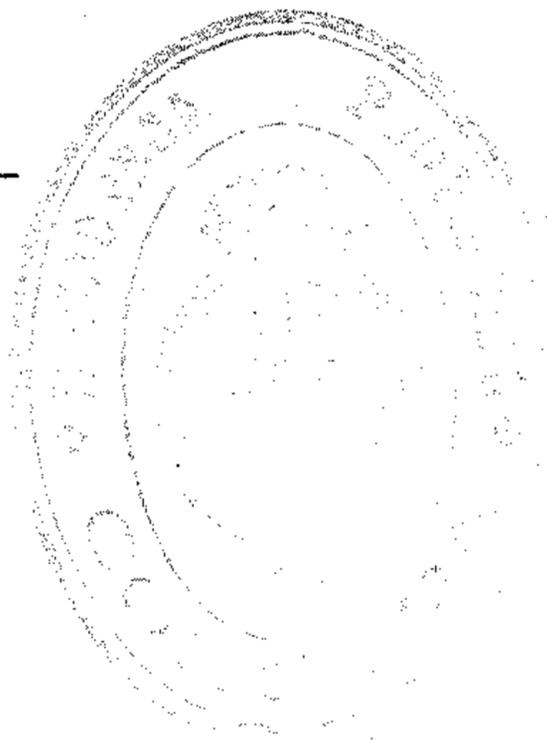
**LEIDO**

*en la apertura del Museo Gaditano*

EL DIA 10 DE OCTUBRE DE 1852,

**POR DON ADOLFO DE CASTRO**

INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DE LA ESPAÑOLA DE ARQUEOLOGIA, DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, DE LA GENERAL DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CORDOBA, Y DE LA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES DE CADIZ.



**CADIZ:**

Imprenta á cargo de Don Manuel Sanchez del Arco,  
calle del Calvario número 126.

1852.



## *Señores:*

**C**UANDO la justicia histórica, deseosa de castigar los ultrajes hechos á la humanidad por algunos poderosos de la tierra ó por varones señalados en las ciencias ó en las artes, descubre entre las cenizas de ellos, así las lágrimas como las gotas de la sangre de sus víctimas, suelen la adulación y el envilecimiento de los hombres, ó un falso amor de la patria, no sufrir que sean manifiestas al mundo. Por eso tratan de cubrir unas y otras con lozanas flores y con dorados laureles. A los lamentos de las víctimas que vagan en derredor de las soberbias tumbas de sus émulos, convierten en ecos de imperecederas glorias; y en tanto el vulgo, engañado con los resplandores de fingidas virtudes, tributa á la maldad la veneración y á la insolencia el aplauso.

Hoy, señores, que con generoso orgullo me presento en esta noble Academia á recordar el nombre de uno de los mas ilustres hijos de la ciudad de Cádiz, no pretendo por engrandecer los méritos del artista, ocultar delitos de la persona. Si á semejanza de la bárbara é inútil prueba del fuego, tan usada en los tiempos de la caballería, cupiera en los límites de lo posible otra mas propia de la cultura de nuestra edad, no temería poner sobre el fúnebre mármol del artista corona de blancas rosas, en la seguridad de que estas no habrían de sonrojarse indignadas, publicando con el color sangriento los crímenes que encerrase la tumba.

ENRIQUE DE LAS MARINAS fué el nombre del pintor gaditano, cuyas glorias intento renovar en la memoria de las gentes. Perdió el apellido de sus padres y tomó en cambio el de sus famosas obras, sin duda por mas ilustre, así como Francisco de Herrera el mozo mereció en Roma el título de «El Español de los peces» por la habilidad con que sabia imitarlos, émulo y vencedor de la naturaleza.

Desde los primeros años de su juventud sintió ENRIQUE deseos vehementes de dedicar á las artes su ingenio, mas por propia inclinacion que por el ejemplo de los de su familia. Admirador de los objetos que en Cádiz se presentaban á sus ojos, se apartó de la manera de los pintores que á par de él florecian en el siglo de Felipe IV, y escogió para asuntos de sus tablas las marinas y los bajeles.

No, como los pintores de su siglo, personificaba al mar en un anciano de largos cabellos, de barba crecida y desordenada, desnudo, hórrido y fiero, en pié sobre un soberbio delfin ó sobre una nacarada concha, llevando en la siniestra mano el timon de una nave, mientras cercaba su cuerpo una vela agitada por el viento (1). No como el Ticiano pintaba con valiente colorido el robo de Europa, cuando Júpiter, convertido en toro, la arrebató de entre los brazos de sus ninfas, y en las ondas del Mediterráneo la condujo, cercado de delfines y de amores, á esta parte del universo, conocida por el nombre de su amada (2).

El artista gaditano prefirió á estas bellezas, nacidas de la imaginacion de los poetas gentiles, la verdad, mas grande en su sencillez que ornada con floridos atavios y con manto de púrpura y de oro.

Las ligeras fustas de los corsarios de Argel que soberbiamente infestaban los mares para poner en duro cautiverio las vidas de los cristianos: las angostas carabelas, imágenes de las que con Colon saludaron por vez primera los alegres montes del nuevo mundo: los grandes galeones que traian á España los preciosos metales de las dos Indias, y las veloces galeras con sus treinta remos por banda, servian de asuntos para los lienzos del artista de Cádiz: ya las naves surtas en el seguro puerto, ya contrastadas por las tempestades, rotos los mástiles y quebradas las antenas: ya en perezosa y larga calma, dormidas las olas y encadenados los vientos: ya, en fin, cuando al descubrir la tierra olvidaban los peligros de la mar, y ufanas con sus ricas banderas, celebraban su triunfo sobre los huracanes y oprimian con mas orgullo las iracundas aguas que no pudieron derribar su entereza.

En aquel tiempo los pueblos, no cansados de fatigar la tierra con poderosos ejércitos, llevaban constantemente en el estampido del cañon el grito de sus discordias á aquellos desiertos del mar que ignoraban los estragos de la injusta codicia, y hasta la existencia miserable de los hombres. ¡Cuántas veces las olas, primero compasivas y despues indignadas, se embravecieron para separar las naves enemigas! ¡Cuántas veces las

(1) Cesare Ripa.—Iconologia.—Siena 1613.

(2) Fontenai.—Galerie du Palais Royal.—Paris 1786.

llamas de los grandes y ricos bajeles parecian subir impetuosas á encender las nubes, y cuántas ¡ay los acentos de los heridos y de los moribundos parecian abrir los cielos y atraer en su socorro el vengativo rayo! ¡Cuántas veces, despues de encarnizadas luchas, ambos contrarios se decian vencedores, para que al tornar á su patria, impresas en los cascos de las galeras las señales de los enemigos, no pudieran preguntarles las madres y las esposas. «¿Por qué en inútil batallar consumisteis las vidas de los objetos mas dulces de nuestro cariño?»

Asuntos eran estos, si tristes para el corazon, horrendamente sublimes para el pincel del artista gaditano. Pero la fecundidad de la inventiva y la gallardia del colorido con que ENRIQUE pintaba las marinas, no provocaron el aplauso ni la envidia de los que con mas perfeccion estaban usados á vencer las dificultades del arte. Si los náuticos encarecian su exactitud en el retratar de las jarcias, velas y remos, los pintores miraban con injurioso desden sus obras. De sus viages de Italia habian conservado en la memoria á Miguel Angel Buonarroti y á Rafael de Urbino, los cuales, ocupados en el dibujo como parte principal de la pintura, habian tenido por cosas mas accesorias y de menos importancia para los valientes pintores, asi la imitacion como el colorido, asi la vizeza como los paises, asi las frutas como los animales (1). Ya en el tiempo de Felipe IV algunos artistas españoles procuraban aventajarse á los italianos, uniendo á la perfeccion en dibujar la figura humana, la felicidad en los demás objetos de la naturaleza. Pero los que con varonil resolucion solamente pintaban apacibles campos, valles alegres y sombríos, vistosas flores, tranquilos ó turbulentos mares, frescas y lozanas yerbas y árboles cubiertos de pompa y regalados frutos, no alcanzaban el crédito de hombres superiores en el arte. Asi Juan de Butron, el defensor de la ingenuidad de la pintura, hablaba con desprecio de los paisistas (2). Asi Francisco Pacheco tímidamente descubria su sentimiento en la materia, diciendo con la autoridad de Plinio la poca gloria que consiguieron estos artifices en la antigüedad griega y latina (3).

ENRIQUE, al ver que la ciencia, el colorido, la propiedad y la belleza con que pintaba sus marinas, no merecian la estimacion de su patria, volvió los ojos á las estrañas naciones, para contemplar un espectáculo mas lisongero á su ánimo generoso.

(1) Vicente Carducci.—Diálogo de la pintura.—Madrid 1633.

(2) Juan de Butron.—Discursos apologeticos en que se defiende la ingenuidad del arte de la pintura.—Madrid 1626.

(3) Francisco Pacheco.—Arte de la Pintura, su antigüedad y grandeza.—Sevilla 1649.

El artista holandés Enrique Cornelio Wroom, (con quien algunos suelen hoy equivocarlo) (1) se habia hecho inmortal entre los suyos y entre los varones mas ilustres de la Gran Bretaña, pintando marinas y bajeles. El cuadro de la espantosa batalla de la «armada invencible» de Felipe II con la de Isabel de Inglaterra, en cuyo socorro dejaron sus cavernas los huracanes, dió al artista la proteccion del almirante Howard; y las tablas en que describió otras batallas navales entre las fuerzas de España y Holanda, el aplauso y los premios del príncipe de Orange y de los Estados generales de aquella naciente república (2).

Abandonó ENRIQUE DE LAS MARINAS á su patria, vencido de la necesidad y obligado del deseo de adquirir la gloria que negaba España á sus merecimientos. Al mirar por la vez postrera la ciudad en donde rodó su humilde cuna, no pudo hacer resistencia á las lágrimas, y las derramó de dolor: lágrimas que mas bien debiera haber derramado su patria, al ver que para siempre lo perdía.

Peregrino por reinos estraños, anduvo ENRIQUE luchando contra los rigores de su adversa fortuna, hasta que llegó á la ciudad de Roma, donde admiró los restos de las tumbas, de los anfiteatros y de los coliseos, pompas imperiales de los dominadores del mundo, anunciando con sus lastimosas ruinas el fin de las soberbias moles que el arte de los modernos siglos ha erigido en la loca persuasion de que el tiempo respetará asombrado lo que no respetó en las mas que gloriosas memorias de los Pompeyos, de los Catones y de los Césares.

Ganoso de ser conocido y estimado ENRIQUE en la ciudad de Roma, donde se conocian y estimaban las obras de Miguel Angel, de Rafael, del Correggio, del Guido y del Ticiano, buscó en las márgenes del Tíber, mas rico en ruinas que en frondosos árboles, inspiracion para esprimir en sus tablas asuntos dignos de la maravilla de las gentes.

(1) Luis Lanzi en la «Storia Pittorica della Italia» (Bassano 1795) quiere decir que «Enrique Cornelio Wroom» es el mismo que llamaban en Roma ENRIQUE DE ESPAÑA Ó DE LAS MARINAS. Pero en la edad no pueden convenir los dos pintores, pues el holandés nació en 1566 y el español falleció (segun Palomino y Cean Bermudez) en 1680. Para que fuera una misma persona necesitaria haber muerto de edad de 114 años!!! Otro autor italiano, no menos docto que Lanzi en las cosas de la pintura, el caballero Guarenti, dedica un artículo á Enrique Wroom y otro al DE LAS MARINAS, considerándolos como sugetos enteramente distintos. El mismo Lanzi, que niega la existencia del pintor español, obra solo por conjeturas, y con tal indecision, que dice lo siguiente: «Quindi non riconosco per ora sennon l'olandese, pronto á riconoscere quel di Cadice quando abbia prove sicure della sua esistenza in qualche tempo.»

(2) J. B. Descamps.—La vie des peintres flamands, etc.—Paris 1753.

Los recuerdos de su patria no lo abandonaron al pié del Capitolio. Allí pudo imaginar la representación del triunfo de Lucio Cornelio Balbo, insigne gaditano, cuando este heróico vencedor de los Garamantas, tenidos hasta entonces por indómitos, caminaba en su carro de marfil, arrastrado de seis vigorosos elefantes, enmedio del resonar de las tubas y del clamor con que el regocijo del pueblo inclinaba todos los corazones al aplauso de sus marciales glorias: allí pudo imaginar al capitán ilustre precedido de los despojos y de los caudillos contrarios, opresos en cadenas de plata: allí imaginar la pompa feroz de los cien blancos toros que con las astas doradas por hábiles artífices, y en ellas guirnaldas de frescas flores, parecían ir orgullosos y alegres á perder las vidas para lisonjear con su cruento sacrificio, aun mas que al Dios sanguinario, al mortal igualado en veneración á las deidades del Olimpo.

Mas no olvidó ENRIQUE DE LAS MARINAS los lugares deleitosos de su patria, ni trocó para asuntos de sus pinceles por la magnificencia de los triunfales aparatos de los héroes antiguos las aguas del Occéano que bañan los muros de Cádiz, ni los fronteros montes en que batalló desde su carro, también de marfil, el desdichado Rodrigo, cuando el Africa, encendida en el fuego de su ambicion, lanzó contra España á los árabes, diciéndoles: «Mio será el dominio del mundo, y vosotros los que pondréis en mi mano el cetro de mi imperio.» ¡Jornada infeliz donde el alarbe fiero, despues de descender con guerrera tempestad sobre los godos, hirió al último de sus monarcas precipitándolo en el Guadalete, tal vez para que arrebatado por sus veloces ondas diese en las del mar alteradas por los vientos: tal vez para que el mísero cadáver del rey vencido llevase las nuevas de la victoria á las desiertas playas del Africa: tal vez para que los buitres, disputando la presa de su cuerpo, arrancasen de sus entrañas, convertido en hiel, el jugo de los manjares régios, en tanto que los caudillos árabes se repartían los pedazos de la corona de España, rota al caer de las sienas de Rodrigo! ¡Imágen espantosa del que no supo defender el puesto que le habia señalado la naturaleza! Espectáculo horrible y digno de ser engrandecido por el pincel del mas eminente de los artistas!

No quiso pintar ENRIQUE aquellas glorias ni estas adversidades, tan solo por ser adversidades y glorias de su patria. Pero como la amaba mientras creia aborrecerla, rehusando volver á pisar su suelo, tornaba á ella en alas de su pensamiento, mas generoso que su voluntad, ofendida por el desprecio de sus compatriotas. Por eso descubriendo su afecto de amor, ignorado por él mismo, retrataba los lugares queridos de su infancia: por eso las marinas: por eso en fin los bajeles que en su niñez contem-

plaba desde los blancos torreones de Cádiz, cuando iba desapareciendo la alegre luz del día.

El noble vengador de ENRIQUE fué Pedro Pablo Rubens, cuyas pinturas se tienen por mas vivas y perfectas que la naturaleza misma, cuyos paisajes aventajan á cuanto en este género habia alcanzado su siglo y cuyos merecimientos le atrajeron la proteccion y las alabanzas de los reyes y príncipes de Europa. Rubens con varonil entereza no desdeñó el imitar los mares, ni transmitir al lienzo la ciudad, patria de ENRIQUE.

Eligió, pues, la vista de una montaña, así para que en su eminencia apareciese una agradable quinta con deliciosos jardines y de su falda brotase un manantial fecundo que, convertido en arroyo, fuese á perder sus aguas en el mar, como para que una gran parte de la ciudad de Cádiz se presentase á los ojos, naciendo á las espaldas de la montaña misma (1). La amenidad del sitio por la grata emulacion de la tierra con el Occéano, habia incitado á Rubens á buscar un asunto heroico digno de ella. La Odisea de Homero (2) le hizo trasladar á Cádiz lo que fingió el poeta griego en la isla de Corfú, y poner en los lugares encantadores de la ribera, y no lejos del arroyo cristalino á la princesa Nausicaa y á sus doncellas en el acto de aparecerse Ulises desnudo á demandarles amparo, despues de la hórrida tempestad con que lo habian oprimido los Dioses hasta el extremo de dar á su nave sepulcro en los abismos del Mediterráneo.

España admiró en esta obra de Rubens lo que no habia querido admirar en las de uno de sus hijos: la perfeccion en pintar marinas. Bien sé que no puede compararse en la espresion de los demás objetos de la naturaleza el pintor gaditano con el ilustre flamenco: el uno se asemeja al entreabierto capullo de la rosa á quien negó la mañana su frescura para que estendiese sus hojas con mas lozania: el otro, favorecido de los reyes y de los demás poderosos de la tierra, fué obligado á mostrarse grande, y grande apareció para el aplauso de los siglos. Pero no es menos grato á la vista el humilde arroyo que tuerce su camino por entre flores, sin que haya un raudal que salga á aumentar su corriente, que el ancho y soberbio rio en cuyo auxilio vierten los vecinos montes el humor que atesoran en sus entrañas.

No quiero fatigar vuestro ánimo, señores, por mas tiempo. Básteos saber que ENRIQUE DE LAS MARINAS abandonó á los sesenta años de

(1) Piles.—Recueil de divers ouvrages sur la peinture et le coloris. Amsterdam y Leipzig 1767.

(2) Libro VI de la Odisea.

su edad (1) el mundo, al pié de las fábricas sublimes que encierran las obras de Miguel Angel. Las áuras del magestuoso Tiber besaron su rostro marchito por el hielo de la muerte; y aunque corrieron al mar para confiarle los últimos recuerdos del artista gaditano, se perdieron sobre las olas antes de llegar á esta isla, convertida por el pincel de Rubens en digna residencia de los héroes de Homero.

¿Qué importa, señores, que las cenizas del artista tuviesen reposo lejos de los lugares donde brotó su llanto en la primera entrada de la vida? Para la veneracion de los hombres ilustres, honra de su tiempo, de la humanidad y de la nacion que los tiene por hijos, su tumba siempre está en su patria.

Hoy que la Academia provincial de Bellas Artes presenta á sus compatricios el Museo gaditano de pinturas, instalado por sus desvelos, justo parece recordar el nombre de ENRIQUE DE LAS MARINAS, ya que no podemos hacer gloriosa ostentacion de sus obras al lado de las de Murillo, Zurbarán y Herrera (2). Si la patria no procura perpetuar la fama de los varones insignes ¿qué valdrá la virtud? ¿qué los merecimientos? Serán como la voz que resuena en los oidos sin herir en los corazones, y que arrastrada del ímpetu del viento se desvanece en los espacios. Serán como la gota de rocío que cae en la inmensidad de los mares, sin hallar una concha que la recoja en su seno para convertirla en preciosa perla.

Decid ¿qué fué de las ciudades, qué de las marinas, qué de las florestas pintadas por Ludio para la casa de los Césares? Los siglos las sepultaron en las ruinas de los pórticos y de los salones de labor corintia y egipcia con las estatuas donde tenian esculpido los príncipes el traslado de sus victorias y hazañas: las sepultaron como sepultaron la silla imperial y hasta la misma diadema de los sucesores de Augusto.

¿Qué hubiera sido, decid tambien, de la fama de Ludio como pintor esclarecido, si Plinio no se encargara de transmitir su nombre á las generaciones futuras? (3) Y qué hubiera sido, en fin, del mismo nombre de Ludio, si las obras de Plinio perecieran abrasadas, como pereció su autor, bajo la lava del Vesubio?

Señores, en medio de la flaqueza humana tenemos un gran poder sobre el tiempo: sobre el tiempo que así deshace montes como despeda-

(1) Palomino.—Vidas de los pintores eminentes españoles.—Madrid 1724.

(2) Cean Bermudez.—Diccionario de los mas ilustres profesores de las Bellas Artes (Madrid 1800) dice: «Sus marinas son muy raras y buscadas.»

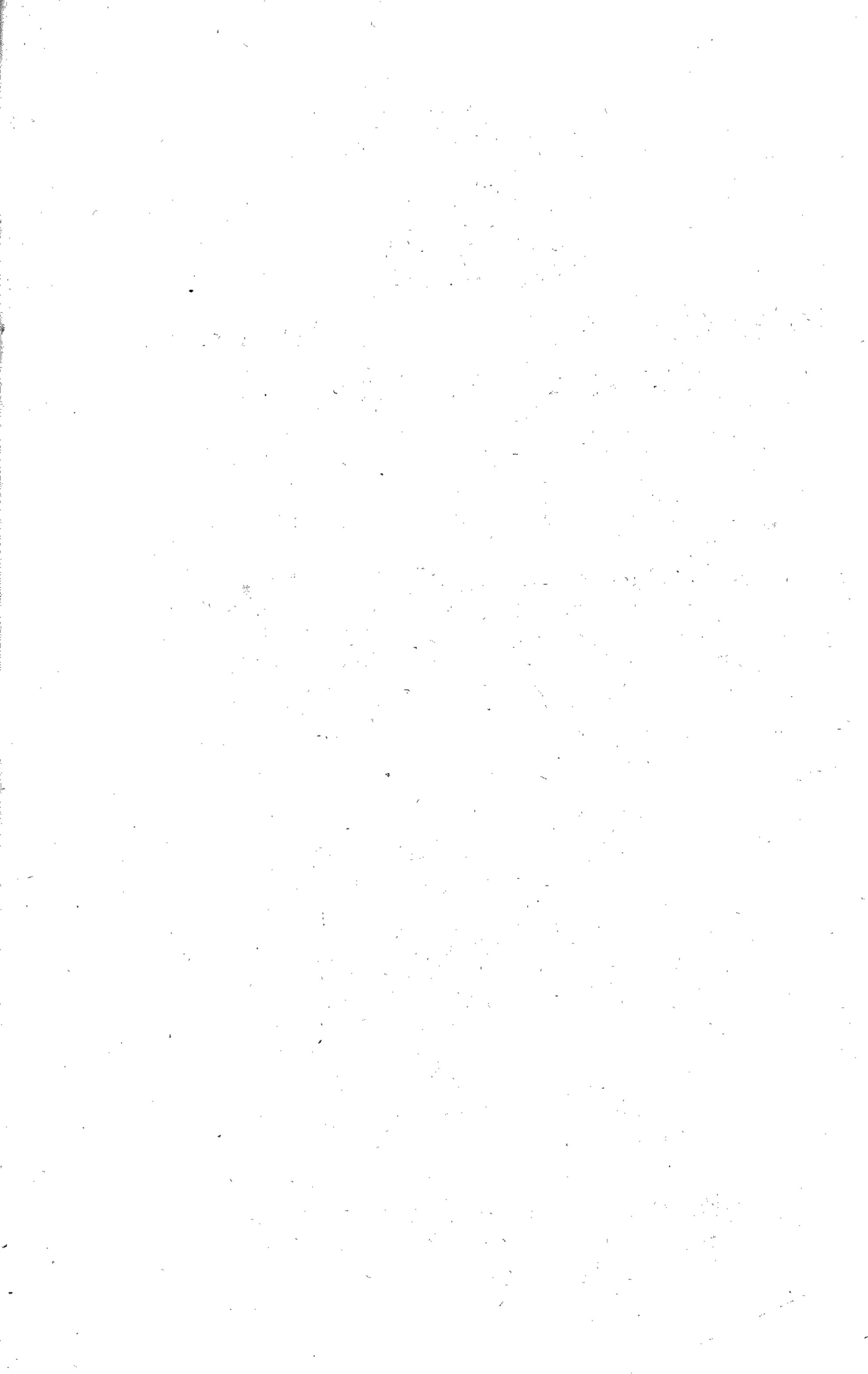
(3) Cayo Plinio Segundo.—Historia natural. Libro 35, cap. X.

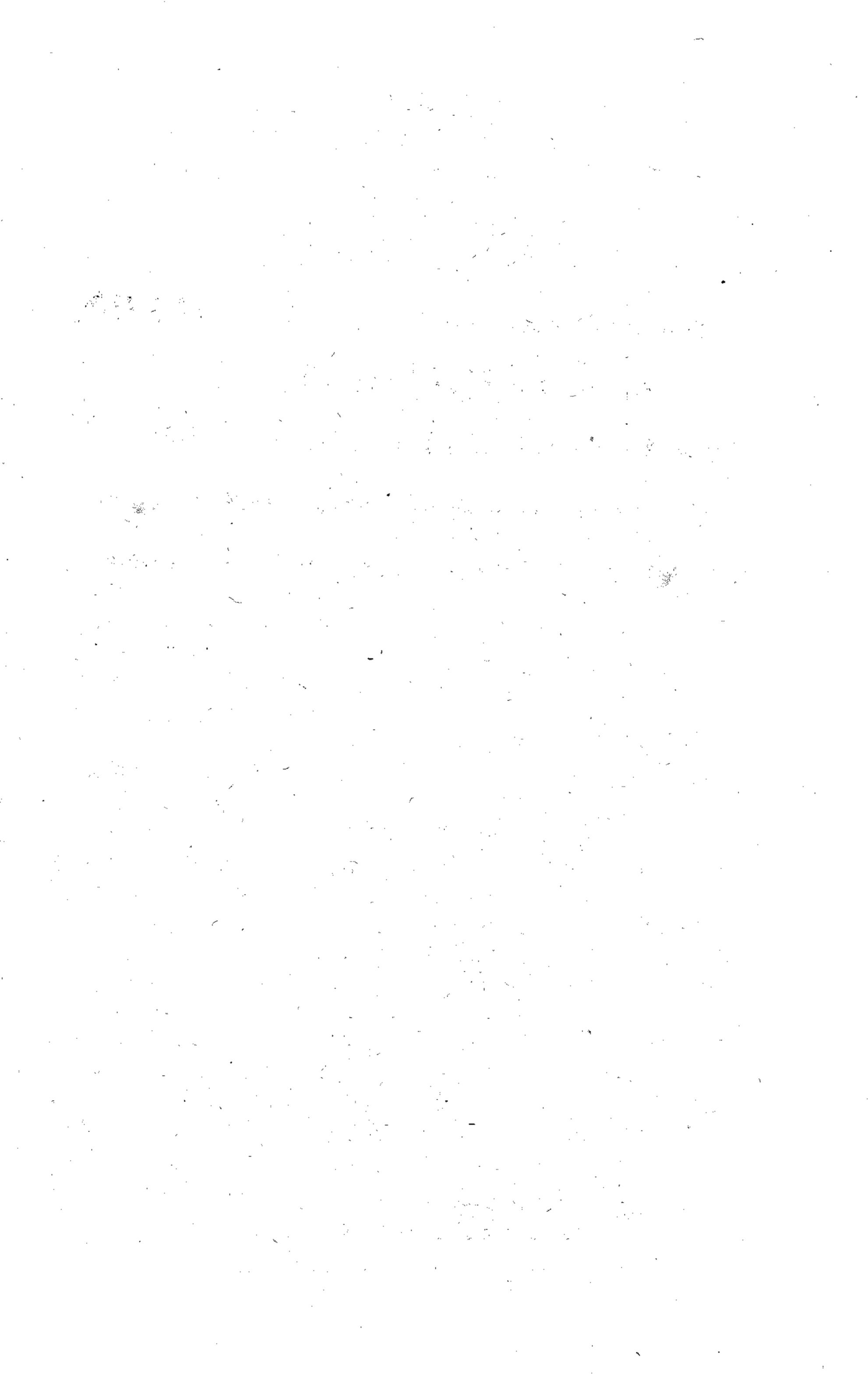
za piedras: sobre el tiempo que seca los raudales de los mas anchurosos rios: sobre el tiempo que todo acaba y que consume todo. La memoria de los hombres basta á detener, aunque sea por breves instantes comparados con la larga duracion de las edades, su brazo invencible para que no hiera con el último golpe lo que en la tierra queda de las personas ilustres.

¿De qué sirvió á Protógenes dar tres y cuatro veces color á la imagen de Jaliso para el templo de los Rodios con el fin de que los siglos, al pasar por delante de ella, no arrebatasen la obra en su veloz huida? ¿De qué sirvió que el rey Demetrio perdiese la lozania de corazon con que fatigaba á la ciudad de Rodas y levantase el cerco para que las llamas de la guerra no pudiesen devorar la famosa tabla de Protógenes? Y ¿de qué sirvió que esta fuese llevada al templo de la Paz en Roma como el mas grande trofeo del pueblo vencedor del mundo, y puesta en el asilo que con mas seguridad convidaba á las artes? El valeroso y repetido trabajo de Protógenes no logró oponer constante resistencia al vuelo arrebatador del tiempo: la veneracion y la voluntad del monarca acabaron cuando acabó su siglo, y juntamente con él la misma veneracion que tributaban á sus órdenes los que nacieron sus súbditos; y la Paz, dejando de ser Diosa para los mortales, vió en su despreciado templo á los rencores aniquilar con el auxilio del hierro y de las hogueras, así las columnas como los altares y demás objetos de su culto. Solo quedó del artista griego lo que queda de las miserables naves destruidas por la temerosa tempestad: despedazadas memorias que llevando por piloto al Destino ván á saludar á los bajeles que han permanecido ilesos al amparo de las amigas riberas.

Pues el tiempo ha comenzado ya á aniquilar las obras de ENRIQUE DE LAS MARINAS, evitemos cuanto nos dure el vivir que igualmente destruya las memorias del artista gaditano. No abandonemos la nave que ha dejado nuestro puerto. Todavía podemos distinguirla en el horizonte. Si acaso las nocturnas sombras llegan á envolverla en su funéreo manto ¡ay de ella! señores: no esperemos que torne á aparecer sobre las ondas del mar cuando luzcan en el Oriente los resplandores de la nueva Aurora.—HE DICHO

ADOLFO DE CASTRO.





# LA EMULACION.

---

## ODA

**LEIDA EN EL ACTO DE APERTURA  
DEL MUSEO PROVINCIAL DE CADIZ,  
Y DISTRIBUCION DE PREMIOS A LOS ALUMNOS  
de la escuela de Bellas Artes**

*por el Dr. D. Francisco Flores Arenal,*

CATEDRATICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA, INDIVIDUO DE LA ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS, Y DE LA DE BELLAS ARTES DE CADIZ.

---

**CADIZ:**

Imprenta á cargo de Don Manuel Sanchez del Arco,  
calle del Calvario número 126.

1852.

1940

100

AMERICAN ...

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

100

... ..

...

# ODA.

Miradla..... ¡cuán gentil!.... su planta breve  
Abrojos huella y los convierte en flores.  
Miradla .... De Favonio el soplo leve  
Su pura frente orea,  
En tanto que los plácidos amores,  
Volando hácia las playas de Eritrea  
En tropa vagarosa,  
La admiran ninfa, la festejan diosa.

De encina y verde lauro  
Entreteje la nítida melena,  
Afrenta del metal que arrastra el Dauro  
Entre las conchas de su rica arena.  
Cual altiva azucena  
Su coronada sien irgue y levanta:  
La luz del genio en su mirada brilla;  
Y para colmo de belleza tanta  
A su tersa mejilla,  
Donde agotó natura sus pinceles,  
Nieve dá el Alpe, rosas los vergeles.

Ase su mano y muestra  
La sonora trompa de la fama  
Convocando á leal, noble palestra,  
Y en tanto que proclama  
De altos varones los ilustres hechos,  
No ya á imitarlos, á escederlos llama.

Miradla; y si en los pechos  
Gérmen sagrado alimentais de gloria,  
Contemplad en su diestra,  
La palma, galardón de la victoria.

Vedla que llega ya: del nuevo templo,  
Que hoy inaugura el pueblo gaditano  
Para estudio del arte y para ejemplo,  
Ya el mármol huella: párase: su mano  
En derredor estiende,  
Su conmovida faz dó quier pasea,  
Y su húmeda mirada dó quier tiende.  
En fin, la augusta dea  
Con voz segura que el silencio invoca,  
Estas palabras vierte de su boca:

«Yo soy LA EMULACION, hija del cielo;  
Yo la que al hombre infundo  
De altas acciones el laudable anhelo.  
Nada sobre la faz del ancho mundo,  
Nada sublime y grande  
En saber ó en virtud, en paz ó en guerra,  
Se hizo sin que lo inspire ó que lo mande.  
Mios son los laureles  
Que lograron ceñir sobre la tierra  
Armas, plumas, buriles y pinceles.

En este mismo suelo, ya cercana  
La era de luz, de salvación la aurora,  
Un campeón del águila romana  
Llega al templo de Alcides  
Y ante una estatua se prosterna y llora.  
«Este héroe (dice) ya famoso en lides  
A mi edad fué; su lanza vencedora  
Conquistó desde el Indo hasta el Meandro,  
Y yo nada hice aun; César es nada,  
Y dueño de la tierra fué Alejandro.»  
Dijo, y tornó á llorar; y yo su espada  
De esfuerzo armé; y un día en lid ferviente  
Contra guerrera gente  
César dá ley al Rhin, la Galia doma,  
Y pasa el Rubicon, é impera en Roma.

La Europa entera dá á Colon mancilla;  
Loco es su afan, su pretension quimera.  
Yo inspiré á la gran reina de Castilla,  
Y ella quiso ser mas que Europa entera.  
Y lo alcanzó; y la suerte  
Por extraño camino,  
En vez de prevenir ignota muerte  
Entre las olas al audaz marino,  
Conduce al mundo, que él soñó, las velas  
De sus siempre gloriosas carabelas.

Y Pizarro y Cortés se alzan ufanos,  
Juzgando ser baldon del suelo ibero  
Si los heróicos pechos castellanos  
No hacen mas de lo que hizo un extranjero;  
Y ciñéndose arreos militares,  
Asi dijeron al surcar los mares:  
«Si por ciencia ó fortuna  
Colon descubre un mundo, en cuya roca  
No vió de agena planta huella alguna,  
A entrambos hacer toca  
Con nunca vista hazaña  
A ese mundo provincia de la España.»

Y se cumplió su afan. El vasto imperio  
Que de Guatimozin en sangre tinto  
Tragedia fué del indico hemisferio,  
Su cuello dobla al vencedor de Otumba;  
Que al César Carlos quinto  
Alza un trono dó á un rey abrió una tumba.  
Pizarro en tanto su inmortal bandera  
Tremola en las antárticas regiones  
Dó absorto el inca sobre el trono viera,  
En vez del sol, castillos y leones.  
Sus invictos pendones,  
Por el valor guiados y la suerte,  
A España de otro imperio hacen señora;  
Y á no atajarle el paso presta muerte,  
De sus reyes la enseña vencedora  
Llevar osara él solo  
Del alto Chimborazo al austral polo.

Empero siempre no la gloria guarda  
Su alto laurel para el sangriento Marte,  
Gloria injusta tal vez, tal vez bastarda:  
Mas bello don reparte  
Sobre los que en la paz ilustres fueron,  
Y por ingenio ó arte  
Honra á su patria y á su siglo dieron.

Nuevo Fidias se eleva Buonarota,  
Y arquitecto y pintor brilla eminente.  
La inspiracion de su cabeza brota,  
Cual brota del Vesubio lava ardiente,  
Sin que su cana frente  
Dó el juvenil ardor aun vive ileso,  
De tres coronas se doblegue al peso.

A par suya el de Urbino  
Por mí inspirado esclama, si no en vano:  
«Aun haré mas que su pincel divino.»  
Y al oirlo responde el noble anciano:  
«Yo, emulando al Bramante,  
Sabré alzar, con aliento sobrehumano,  
En esos aires cúpula gigante.»

Ambos murieron; pero no su fama,  
No sus obras que al arte fueron leyes:  
**LA EMULACION** á sus exequias llama  
Pueblos, nobles, pontifices y reyes.  
Las itálicas greyes,  
Pulsando sus tristisimos laudes,  
Lanzan un ay; y en su dolor profundo  
Un ay repite contristado el mundo,  
Mientras sobre sus vanos ataudes,  
Ricos con tal tesoro,  
De la inmortalidad el dedo asoma  
Grabando en letras de oro:

**LA TRANSGURACION, SAN PEDRO EN ROMA.**

Por mí los soberanos de la tierra  
Dieron al arte premio en los artistas.  
Ved á Cárlos, si no, rayo en la guerra,  
Grande en imperio, grande en sus conquistas,  
Vedle con diestra grata

Levantarse el pincel que cayó al suelo  
Mientras pintor insigne le retrata,  
Y esclamar, emulando al noble abuelo:  
«Dignos son los Ticianos  
De que los sirvan imperiales manos.»

Ved á Francisco, que en perpetua lucha  
Sus lises contra el águila altanera  
Osado lanza, si con gloria mucha,  
Con escasa fortuna á su bandera.  
Humilde cabecera  
Vedle allí contemplar, mientras la muerte  
Rompe del Vinci los terrenos lazos;  
Y el rey lágrimas vierte,  
Y lecho del artista son sus brazos.

Empero cuando mira  
Que murmura la turba cortesana  
Viendo que así un pintor tal honra gana,  
Le dice ardiendo en ira:  
«Sabed que de pecheros  
Yo puedo hacer ilustres caballeros  
Si á mi deseo place:  
Ilustres hombres, solo Dios los hace.»

Baste ya; que á narrar en breve suma  
Tantos hechos de gloria  
Fuera escasa la voz, torpe la pluma,  
El labio rudo, incierta la memoria.  
Baste ya: no ilusoria  
Sea mi inspiracion: en torno vuestro  
Volved dó quier la vista: el arte os habla.  
Cada lienzo es aquí mudo maestro,  
Un primor es del arte cada tabla.  
Osadlos esceder; y si alta vuela  
Por dicha vuestra gloria, y si el renombre  
Conquistais que ferviente el alma anhela,  
Sea loor al nombre  
De la que augusta brilla  
En el escelso trono de Castilla.  
La gaditana escuela  
En ese nombre real os galardona.

Luchad, venced; y cual de humilde fuente  
Marañon nace en apartada zona,  
Siendo lágrima ayer, cuando hoy torrente,  
Vuestro pincel potente  
Podrá un dia elevarse al Capitolio  
Dó al genio audaz munifico reparte  
Sus mercedes el sólio,  
Su aplauso el mundo, su corona el arte.»

Dijo y desapareció; pero su acento  
No será grano que se arroje al viento.  
El fructifique en vuestras nobles almas.  
Luchad: LA EMULACION os dará palmas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

